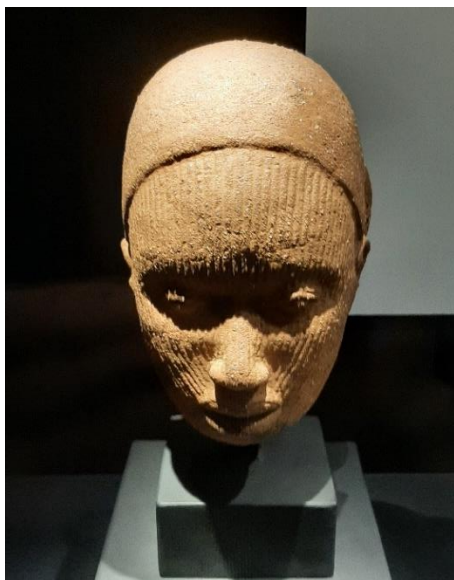


¡Hay que ver!

La colección de arte africano del Palacio de Santa Cruz

Carlos Calvo Alonso

Las ocupaciones en la capital le habían dejado a uno un rato de tiempo libre cuando, al pasar indolente por la puerta del Palacio de Santa Cruz, prestó atención a unas banderolas allí colocadas que anunciaban una exposición de arte africano. Había tiempo para aprovechar la ocasión, así que me llegué hasta el patio del edificio, no sin detenerme, como de costumbre, a contemplar al pasar por el zaguán, a mano izquierda, el formidable Cristo de la Luz de Gregorio Fernández (1630).



Imag. 1-Terracota cultura IFE, Nigeria, S. X-XII.

A la entrada de la sala Renacimiento del palacio, uno, que no ha estado al tanto de la vida cultural de Valladolid en los últimos tiempos, se entera ¿de que la Fundación Alberto Jiménez-Arellano Alonso, creada en el seno de la Universidad de Valladolid en el año 2004, permite que su colección de arte del África subsahariana se exhiba permanentemente en el Palacio de Santa Cruz.

La colección de terracotas del África subsahariana

Así que, ya sin prisas, el despistado visitante se encuentra con “más de un centenar de esculturas en terracota; el conjunto público más importante conocido en este material, tanto por su calidad como

por su cantidad”. Así reza un cuadernito informativo muy mono que se ha comprado. Por lo demás, se le han olvidado los recelos sobre la ubicación de los fondos porque, inmerso en la penumbra acogedora de la sala, percibe que se enfrenta a lo más elemental de la autenticidad del arte y recuerda que la arcilla se encuentra en todos los mitos que las religiones primitivas han elaborado sobre la creación. Barro, hierro y fuego forman el triángulo sagrado de la expresión de las culturas primigenias. Técnicas sencillas de modelado del barro, que permanecen casi inalterables a lo largo del tiempo, han permitido producir hermosas piezas de gran eficacia expresionista. Obras variadas, según los pueblos y culturas que las han originado, que pueden estar dedicadas al rito, al homenaje, a la actividad cotidiana o a varias funciones a la vez

Intenta el visitante refrescar sus conocimientos de geografía al ritmo de las informaciones que le ofrecen las cartelas de las vitrinas: cronologías, etnias, ubicación de zonas en el área subsahariana occidental... Pero pronto decide relajarse y dejarse llevar por el gozo estético para contemplar una colección de apabullante belleza que, proveniente de la raíz más primitiva de la estética, se emparenta directamente con algunas de las grandes realizaciones del arte contemporáneo: esculturas nigerianas *nok*, las más antiguas de África (algunas con más de dos mil años de antigüedad), naturalistas y expresivas, con ojos triangulares y ornamentación detallada; terracotas de los complejos culturales de *Ife* y del antiguo reino de *Benín* (también en la actual Nigeria), con sus retratos elegantes y clasicistas de reyes y ancestros, realizados en el contexto social complejo y refinado de ciertas zonas del África occidental del siglo XII, cuando Europa se despertaba del letargo de la Alta Edad media; piezas antropomorfas de la ciudad-mercado de Djenné (Malí, en apogeo desde el siglo XIV hasta el XVI), arredilladas, sentadas o acuclilladas; creaciones del pueblo Igbo (Nigeria), evolucionadas hasta nuestros días durante quizás más un milenio, que sugieren un

desarrollo técnico que en algunos casos podía rivalizar con el de la Europa de su época...

He olvidado mis dudas iniciales sobre la conveniencia de colocar unas piezas de arte primitivo alrededor del refinado patio de un palacio renacentista. Ahora paso a preguntarme qué hay de común entre esas hermosas formas ancestrales de arcilla que acabo de contemplar y la expresión de la tragedia de la fe del Cristo de Gregorio Fernández, qué es lo que nos hace conmover igualmente en ambos casos. No sé contestarme, pero ya me parece muy bien que el gran escultor barroco y las terracotas *Nok* convivan tan próximas bajo el mismo techo.

La colección de monedas-objeto

A lo largo de la historia las comunidades primitivas han utilizado mercancías u objetos para sus pagos, donaciones, ofrendas... La necesidad de determinar el valor de los servicios o artículos intercambiados hizo que algunas mercancías adquirieran un cierto rol de patrones de referencia; es decir, se convirtieron en paleo-monedas.

En África, herreros locales, respetados por su dominio de la magia del fuego, siguieron a lo largo del tiempo las técnicas y criterios de la comunidad, apenas modificados por las influencias europeas, para dar a los objetos de metal forma y permanencia. Por ello, sus obras, valiosas y duraderas, ocuparon un lugar importante como monedas-objeto en las transacciones comerciales africanas hasta la emisión de las primeras monedas modernas, después de los procesos de independencia, a mediados del siglo XX.

Las monedas-objeto que se pueden contemplar en el Palacio de Santa Cruz son muy diversos. A veces, el dinero metálico no es más que un sencillo lingote, barra o varilla, pero también puede admitir formas más complejas; por ejemplo, representando animales, entre los que no podía faltar la serpiente, símbolo de la inmortalidad y de la fertilidad, ya que recuerda los meandros del río (fuentes de riqueza y alimentos).

Pero paleo-monedas podían ser también objetos diversos que trascendían sus funciones iniciales

para adquirir formas y alegoría que les permitían ser patrones de valor. Un primer grupo de estos ob-

jetos-moneda está constituido por joyas; hermosas, variadas y de fácil atesoramiento, las alhajas fueron muy utilizadas por las élites de la comunidad en los trueques de prestigio.



Imag. 2 Monedas arma.

La música, fundamental en los rituales africanos, aporta a la colección un conjunto de obras especialmente importantes por su valor simbólico, ya que cada moneda-objeto de tipo musical está dotado de magia y poderes especiales.

La supervivencia de las sociedades agrícolas está ligada a las labores que potencian la fertilidad de la tierra; no ha de extrañarnos, por tanto, que ciertos utensilios agrícolas sirvieran de modelo para diseñar paleo-monedas muy utilizadas en las transacciones matrimoniales.

Y, ¿cómo no?, las armas, elementos relevantes de valor y de prestigio a lo largo de la historia de todos los pueblos, constituyeron un tipo de monedas-objeto muy apreciadas, más desde el momento en que se incorporó al arsenal africano el armamento de las naciones europeas colonizadoras.

Y, de nuevo, como le ocurriera al contemplar la colección de terracotas, el visitante percibe que la combinación de uso, transcendencia y rito dotan de una belleza primitiva, expresiva, simple y, paradójicamente, muy moderna a ese inusual dinero primitivo que contempla.



Imag.

3 Máscaras líder Kam. Reino de Oku, Camerún

Magia y estructuras de poder en reino de Oku

El recorrido continuará después, escaleras de palacio arriba, en la sala de San Ambrosio, en la que se exhibe una colección de obras procedentes del reino de Oku, un territorio situado al noroeste de la república del Camerún, habitado por unas 120 000 personas, dedicadas fundamentalmente a la agricultura. Zona de altas mesetas volcánicas, el relativo aislamiento de la zona ha permitido la pervivencia de una sociedad feudal centralizada en torno a un rey y aglutinada por un sustrato poderosísimo de creencias mágico-religiosas basadas en la autocracia del poder supremo, el culto a los ancestros, la danza de máscaras, la práctica de la medicina tradicional, los rituales de adivinación...

Uno se encuentra ahora ante pórticos de palacio, tronos, camas reales, máscaras y trajes de ceremonia que, si para nosotros constituyen un universo artístico fascinante, son fachada, en su contexto original, del universo ritual que debía controlar los juju poderosos que pueden proteger la colectividad o desorganizarla; porque el desorden (la desestructuración personal o social) es en Oku el origen todo maleficio. Por ello, sociedades secretas controlan allí con ritos impenetrables el desarrollo de las funciones sociales y la vida material y espiritual de las personas. La fuerza de las medicinas, los juju de una sociedad secreta, se simboliza en las máscaras y sus ornamentos complementarios, que son metáforas y agentes de poder mágico. Vemos,

por ejemplo, impresionantes máscaras Kam, que visten las capas más peligrosas del reino, recubiertas con muestras de pelo natural de todos los miembros de la sociedad y acompañadas de los más diversos amuletos y medicinas. Las máscaras Kam son especialmente temidas por ser las encargadas de dirigir las danzas rituales, que no pueden desorganizarse sin graves consecuencias, pues la música y el baile no son simples divertimentos, y los instrumentos musicales están siempre cargados de poder.

Máscaras de la sociedad de príncipes Ngirrh; de las sociedades de guerra; de las de medicina; impresionante máscara nocturna de justicia, Koudaah, cubierta en su interior por doble malla, tal vez buscando la absoluta negación personal del portador... La colección de máscaras y vestimentas rituales de Oku es espectacular...

Pero no dejemos que el “yuyu” se apodere de nosotros hasta el punto de olvidarnos de la interesante muestra de esculturas en madera del reino de Oku. Sus reyes son proclamados ante el pueblo sentados en camas rituales profusamente labradas, se sientan en tronos de madera que manifiestan el mismo horror al vacío ornamental y residen en espacios sagrados cuyos pórticos han de contener todos los elementos necesarios para que se vean libres de toda medicina peligrosa. Si uno se acerca a los objetos y elementos arquitectónicos que guarda el salón de San Ambrosio, podrá observar hermosas tallas de minucioso simbolismo que encarnan la fuerza, la dignidad, la autoridad y el honor del jefe de linaje.

Abandonará el visitante la exposición permanente de arte africano pasando por una galería cuyas vitrinas muestran objetos de uso cotidiano dotados, como es habitual en los ajuares tradicionales, de la autenticidad artística que proviene de la combinación de la utilidad con el sentido intuitivo de la estética. Reposacabezas, cerraduras, ralla-cocos, bobinas de telar... A uno le gusta todo lo que tiene ante los ojos; por ejemplo, unas enormes y macizas cerraduras que podría haber firmado cualquier escultor contemporáneo de primera fila

